



México Interdisciplinario / Interdisciplinary Mexico

ISSN 2193-9756



XXII. LA CIUDAD DE MÉXICO, PALIMPSESTO

2022/2, año 11, n° 22, 138 pp.

Editores: **José Ramón Ruisánchez, María Moreno Carranco**

DOI: 10.23692/iMex.22

Cambio de tiempo

(pp. 22-33; DOI: 10.23692/iMex.22.3)

Jorge Pedro Uribe Llamas

Abstract:

"Cambio de Tiempo" is the name of a song by Astrud that I recommend listening to. Under this title I have gathered six urban chronicles -more inclined to literature than journalism- related to Mexico City and its quality of palimpsest: the anniversary of the city, the infraordinary from my window, the nomenclature and commercial vocation of some streets, a forgotten legend, the social pulse of the covid-19 pandemic in 2021, and the earthquake of 2017. Almost all set in the Historic Center, which is where I live, and written between 2014 and the current year. Some of these fragments are part of my next book.

Key words: Chronicle, Urban Chronicle, Mexico City, Historic Center of Mexico City, Palimpsest.



Licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0)

Website:

www.imex-revista.com

Editores iMex:

Vittoria Borsò, Frank Leinen, Guido Rings, Yasmin Temelli

Redacción iMex:

Hans Bouchard, Bianca Morales García, Emiliano Garcilazo, Ana Cecilia Santos, Stephen Trinder

Cambio de tiempo

Jorge Pedro Uribe Llamas

Agosto de 2014

Nuestra ciudad cumple cuatrocientos noventa y tres años este trece de agosto. Digo "nuestra" refiriéndome a la que nació con la caída de Tenochtitlan a manos de españoles, tlaxcaltecas y otros de Cempoala, Cuba, etcétera, después de un sitio bien pensado y bien defendido. La que González Obregón disecciona en su relación sobre el Paseo del Pendón, el cual dejó de hacerse a principios del siglo antepasado porque se suponía que ya no venía al caso, por las reformas borbónicas, el movimiento insurgente y la manga del muerto felón. La del día de San Hipólito, a cuya iglesia en la colonia Guerrero asiste un gentío armado de San Juditas y paciencia cada día veintiocho.

Ciudad de mesoamericanos, europeos, mestizos, criollos, africanos, asiáticos, mezcladitos: capitalinos desarraigados casi todos. Ciudad de pan dulce y vapor de maíz, más ojerosa que pintada, "de hombres tristes y de niños alegres", Cristóbales Nonatos, catadura de calicanto y lágrimas de PET. Ciudad neovolcánica, de estuco y estofada, de vainicas dobles y viejos cristianos nuevos. Ciudad solar y cuatro ojos, medio teotihuacana y algo mora, dada a las devociones y a la vista gorda. Ciudad que vio la luz un martes trece de tormenta y que este verano festeja su cumpleaños sin pena ni gloria, seguro con lluvia, como en conmemoración propia, y que en la iglesia de Constancia y Santa Lucía, en Tepito, exhibe los últimos esfuerzos de su alumbramiento a través de una placa casi centenaria: "Aquí fue hecho prisionero el Emperador Cuauhtemotzin la tarde del 13 de agosto de 1521".

Pero yo sé que en la Plaza de las Tres Culturas sí se acuerdan de la fecha: los cronistas ofrecen unas palabras, los concheros bailan y se honra la esmerada resistencia de los mexicas a pocos metros de la frase de Jaime Torres Bodet: "No fue triunfo ni derrota, fue el doloroso nacimiento del pueblo mestizo que es el México de hoy". Y los demás, ¿qué hacemos? Se propone evocar el día referido, *Ce Coatl* del año *Yei Calli*, en el que Cortés otea el desastre desde una azotea del barrio tlatelolca de Amaxac. Ahí recibe a Cuauhtémoc, de veintitantos años, "lo ve detenidamente, le acaricia el cabello", como está escrito en *La visión de los vencidos*, y después lo sienta. "Toma ese puñal que tienes en la cinta y mátame luego con él", suplica el emperador, de acuerdo con Bernal, "y el mismo Guatemuz le iba a echar mano dél", aparece tachado.

Lo anterior ocurrió, según la tradición, donde hoy puede visitarse el remozadito templo de La Concepción Tequipeuhcan, referido hace nada.

Otra idea para el trece de agosto, por qué no, es la misa solemne de las siete de la tarde por el día de San Hipólito, patrono original de la Ciudad de México, en su iglesia de Zarco y Puente de Alvarado. Sirve que el inteligente lector revive la leyenda del labrador, descrita en piedra en la mera esquina (un águila transporta a un campesino a una cueva para que le advierta a Moctezuma II de su soberbia), en el mismo lugar en donde el conquistador de piel negra Juan Garrido levantó –otra leyenda– la Ermita de los Mártires para honrar a los vencidos de la Noche Triste.

Mayo de 2019

¿Será cierto que todo tiempo pasado fue mejor? *Time present and time past / are both perhaps present in time future, / and time future contained in time past*, aventura T.S. Eliot, acaso haciendo eco del Eclesiastés. El pasado no existe, solía decir Guillermo Tovar: pasa que siempre hemos vivido en el presente. Lo que ha sido es (sólo aguarda aletargado), también lo que aún no llega a ser. ¿Cómo explicar, entonces, esta fascinación de los cronistas por el pasado?

Me asomo a la calle. Este es el Centro que me ha tocado vivir, el mejor de mis mundos posibles. Desde esta ventana queda claro que el pasado no se ha marchado en absoluto, ahí siguen los comerciantes de toda la vida en tozuda metempsicosis, a diario resonando sus pregones como de novela costumbrista, en sonsonete entrañable y a veces con sobrado altavoz:

–¡Gráfico, Gráfico, Prensa, Ovaciones! ¡Aguas, aguas y refrescos!

–¡Grasa, la cortina, grasa!

–¡Memorias USB a diez pesos!

–¿Qué le preparamos, amiga? ¡Squirt, Sangría, Tehuacán!

–¡La capa, la capa, la capa, mira, aquí está la capa para que no se moje!

–¡Qué barato, señora, qué barato, qué barato le traemos el día de hoy fruta de temporada, fruta fina, fruta fresca, a cincuenta, señora, a cincuenta la bolsota de a kilo!

–¡Compre sus *bisquetes* calientitos, yo se los recomiendo!

Sólo faltan los animales, injustamente expulsados de nuestra capital arriera.

Miro hacia el flanco poniente de Chile, entre Cuba y Belisario, desde la tercera planta de un hermoso edificio neocolonial del arquitecto Salvador Vértiz Hornedo en 1941. Hace meses que retiemblan en sus muros fuertes mazazos. ¿Qué tanto rompen y a santo de qué? Remodelaciones superfluas, tal vez, para atraer a más prestidigitadores de Airbnb, por lo general extranjeros

fascinados con el (precio de los alquileres y las propiedades, los servicios y la vida en general en el) Centro.

Entre el gentío destacan un par de limusinas Hummer color blanco reguetonero que se alquilan por miles de pesos la hora. Por fortuna no prosperan acá los antros, el narcomenudeo funciona mejor cuanto más cerca del Eje Central. Ya pocas fondas operan en estos rumbos, por el derecho de piso que cobra La Unión, grupo que, como la familia Barrios, parte, reparte y se queda con la mejor parte en la zona, todo el mundo lo sabe, la alcaldía mejor que nadie. Qué le vamos a hacer. Aquí nos tocó. En un islote de zacate y polvo apisonado, con ombligos enterrados muy debajo de los gorriones callados que se confunden con el concreto sucio. Centro de espórtulas y más frascos de perfume que patrullajes. Mariconeras y trajeados sin moto. Rubitos trácala, correas del mismo cuero. *L'águila siendo animal*, en síntesis.

De cuando en cuando se quejan abúlicas las campanas de Santo Domingo, iglesia señorial de la Ciudad de México. La alarma de un comercio no deja de ninfrar hace rato, ¿de qué sirve instalar una? A la distancia suena un bajo agresivo, desacompasado como el corazón de un enfermo.

Por el cubo del edificio fluye ese olor a gas, cocina y animal doméstico que Carlos Fuentes relaciona con los inmuebles mexicanos de la modernidad media en *La región más transparente*. Pero también a mariguana. En la calle, el olor es a plátano frito.

¿Qué más? Microbuses con ronquera, de esos que el anterior Jefe de Gobierno Miguel Ángel Mancera prometió retirar en su campaña hace cosa de un lustro, tiendas de vestidos para novias y quinceañeras (las banquetas enjabonadas al comienzo de cada jornada), la vendedora de periódicos con atuendo yoruba y vocación de DJ o programador radiofónico, y un árbol sucio, nada frondoso que lastimosamente no desprende ningún aroma, como es habitual en el Centro, ya no hablemos de dar sombra o albergar aves. Creo que es un fresno mexicano, del doble de altura que la farola aledaña. ¡Sigue sorprendiendo la rectitud de las calles! Desde aquí no logro divisar la mansión barroca que, dicen, perteneció al marquesado de San Miguel de Aguayo (estamos en la misma acera) y en cuyos bajos funciona la cantina La Dominica en lento, pero franco proceso de aburguesamiento ¿o desaparición? Tampoco a los que juegan Poliana entre el Teatro Lírico y Los Clásicos, librería sobre República de Cuba, calle de comerciantes cubanos que pernoctan en hoteles sin estrellas y conversan en banquetas estrelladas. La Poliana sólo a veces, entre humaredas, *ya tú sabe*.

En la esquina nororiente de Cuba con Chile una Virgen que pusieron los vecinos para evitar que se acumulen bolsas de basura. Hoy la gente se persigna al pasar cerca de ella.

Al mirar hacia fuera asombra la insistencia de tanta gente de habitar apretujada, tanto Esaú en tiendas de Jacob, el campo en la ciudad sin mudar de piel, y algo de fierro viejo que venda. Unamuno lo explica muy bien en su ensayo "La ciudad de Henoc" de 1933: el hombre de masa, de clase, apetece ser sometido.

Civilizado, cautivo, en sociedad.

La explotación del hombre por el hombre desde la agricultura, raíz de cultura.

En efecto, la ciudad es el cuadrilátero de la lucha de clases (entre más altos los edificios, más se insiste en una noción vertical de la vida).

¿Se dedica el cronista, el escritor en general, a invocar tales relaciones de poder, o su labor consiste puramente en relatar? En estos tiempos de *piedefotismo* normalizado, salir a investigar se ha vuelto lo raro, ya pocos creen necesario hacerlo. Pero nada afina mejor la escritura que los pies y el oído, esto es, la discreción. Nosotros somos las atalayas, los fosos y cortafuegos, los catalejos en guardia, alguien tiene que estar atento y detectar las amenazas y anticiparse, como escribe Javier Marías, pero él refiriéndose a los espías.

Cierro la ventana, el smog ensucia los libros. Abajo en Chile siguen las transacciones, las prisas, los humores. Todo aún vigesímico. La calima de la calle y el interior de mi estudio parecen reunirse en una sola luz. Me alejo, ucrónico y en silencio, para atender mensajes que no paran de llover. ¿Qué tanto quieren? Lo que todo el mundo: atención, que no siempre rima con compasión. Otra alarma se activa a la distancia, el viento por fin se ha puesto a correr.

Ah, todo es presente. Cambia tan poco el mundo.

Agosto de 2021

¿Cuál es la historia detrás del nombre original de una calle en el Centro?

En el espléndido estudio *La primera traza de la ciudad de México 1524-1535* (UAM, 2005) de Lucía Mier y Terán Rocha me entero de que ya en la nomenclatura inaugural de la capital hubo una vía de los Ballesteros (Cuba) y otra de los Donceles, que es como decir "jóvenes nobles". Lo que pone sobre la mesa la costumbre de nombrar calles a partir de la gente que labora en ellas, o las habita, o a partir de algún gremio de artesanos (aparte de la presencia de un monasterio, edificio o vecino notable, entre otros hitos urbanos).

Así pues, no extraña que Mesones –ejemplo típico– haya recibido tal nombre debido a sus hospederías, o que los chapines (sandalias forradas de cordobán, de suela gruesa) fueran fabricados en el Portal de los Chapineros (donde ahora se estacionan los Turibuses), desaparecido entre 1733 y 1734.

Otro caso notable es Plateros, o sea las dos cuadras iniciales de Madero a partir del Zócalo, donde aún trabajan los joyeros por una disposición de 1638 del virrey Lope Díez de Aux y Armendáriz. Por supuesto hay más: Tlapaleros (16 de Septiembre), Estanco de Hombres (Paraguay), Meleros (Corregidora).

Acerca de esta última, José María Marroqui apunta: "Todos los bajos de la Universidad estuvieron ocupados por tiendas en las cuales se vendía azúcar, panocha y miel. Es de creer que eligieran este lugar los comerciantes en esos efectos por la proximidad al canal, porque desde Chalco se los traían embarcados. Esta circunstancia influyó en que los más gruesos almacenes de azúcar se encontraran por ese rumbo de la ciudad".

Las vocaciones gestándose según las condiciones de cada lugar.

Una pregunta que muchos se hacen, sobre todo visitantes extranjeros, es ¿por qué reunirse tantos comerciantes de un mismo giro en una sola calle o zona? ¿No es esto contraproducente? Depende de la perspectiva:

–Para todos sale el sol –dice Rodrigo, trabajador de una tienda de accesorios para celulares en la Plaza de la Tecnología.– Si le va bien al de junto, también me va a ir bien a mí. Así es más sencillo que nos ubiquen los clientes.

Claro que esto sólo es factible si el entorno cuenta con un volumen de venta suficiente. Como de hecho ocurre en el Centro. Sólo así puede salir el sol para todos. La cantidad enorme de gente que se surte aquí –proviene del resto de la capital, del país y aun de Centroamérica– facilita este tipo de agrupamientos. El Centro sigue siendo "señora de otras provincias", como escribió Hernán Cortés. Al menos en términos comerciales.

Lo anterior es producto de procesos históricos. Ora por la decisión de un gobernante, como en el ya citado caso del virrey Díez de Aux, ora por la conveniencia de los migrantes de estar cerca unos de otros, por ejemplo los republicanos españoles en la calle de López, los judíos sirios en las inmediaciones de la Plaza Santísima y los oaxaqueños una cuadra más hacia el sur.

Si ahondamos más en el tiempo, habrá que citar dos motivos remotos: el espíritu de gremio bajomedieval de los conquistadores y la costumbre mexicana de congregar a los comerciantes según los productos ofrecidos (advertía Cortés en Tlatelolco una "calle de caza, donde venden todos los linajes de aves que hay en la tierra" y otra "de herbolarios, donde hay todas las raíces y yerbas medicinales que en la tierra se hallan").

Se trata de un orden que otorga fuerza a cualquier comunidad mercante. Es lógico. Lo demuestra la Unión de Aseadores de Calzado, en República de Colombia 9, donde se agremian desde hace más de un siglo un buen número de trabajadores, en la actualidad más de cinco mil.

Y tantos otros ejemplos que escapan a una visión progresiva y lineal del tiempo.

Diciembre de 2018

Tropiezo en Donceles con un tomito de Luis León de la Barra –capitán primero y regidor de la Ciudad de México– titulado *El San Cosme de otros tiempos*, impreso alrededor de 1951 como parte de una colección parisina, Clair de lune. Leyéndolo me entero de un caso curioso que el autor le escucha a un amigo suyo, de nombre Paco, que a su vez conoce del abuelo Pancho, médico en ejercicio durante la segunda mitad del siglo XIX. Ambos, Paco y Pancho, habitantes de la antañosa casona familiar, a un costado de la Ribera de San Cosme.

Antes de abordar el caso se antoja pertinente consultar a José Lorenzo Cossío, José María Marroqui, Francisco de la Maza y Barbara Mundy para adentrarnos en los cimientos históricos.

En 1524, o poco después, Hernán Cortés mandó edificar una ermita franciscana en un lugar de la calzada a Tacuba llamado Tlaxpana, suponemos que por donde hoy continúa en pie la Capilla Británica de la colonia San Rafael. En 1529 se erigió ahí mismo una suntuosa casa con viso de fortaleza, por lo que para ese entonces la ermita ya habría mudado de sitio (es de creerse que hacia la zona del tecpan de Tenochtitlan).

Muchos han querido identificar en dicho edificio el antecedente del leprosario que en 1572 estableció el doctor Pedro López en el extremo oriental de la calzada, casi a la orilla del lago, por el rumbo de las Atarazanas; es comprensible, por coincidir tanto ermita como leprosario en la advocación a San Lázaro, asociada comúnmente con la lepra y otros padecimientos contagiosos. Marroqui deja claro, sin embargo, que el hospital de Pedro López no es el San Lázaro de Cortés, templo que en cualquier caso habría servido para consolación de los naturales que allí se bautizaban y para el cual llegó incluso a planearse una casa de pobres con hortezuela de legumbres a un lado, en un vergel para pasatiempos del propietario. Por lo anterior, no tiene ningún sentido que se instalase allí un lazareto.

Con todo, el abuelo Pancho efectivamente creía que en la vecindad del actual templo de San Cosme había funcionado en los primeros tiempos de la ciudad colonial un hospital para leprosos y que un infectado, anticipándose a la inminente destrucción del inmueble, decidió escapar para refugiarse en el cercano caserón de un pariente. El muchacho, que había llevado en el mundo un nombre ilustre, se recluyó sin nunca más salir de esa morada, ricamente puesta para su comodidad, según nos indica el pequeño libro. Al cabo de un tiempo, el servicial y acaudalado anfitrión le consiguió a su invitado una mujer aquejada por el mismo mal, de modo que se hicieran compañía. Como era de esperarse, acabaron contrayendo matrimonio, gracias a la ayuda de un discreto sacerdote. Pasado un tiempo la pareja terminó comprando la casa y procreando hijos, quienes a la postre se fueron ayuntando con otros enfermos, siempre a través del mayor secreto. Con el paso de los años la prole se hubo de ir desposando entre primos. La

familia salía rara vez a la calle, si acaso sólo para lo indispensable. Su vida transcurrió, pues, relativamente oculta y en paz a lo largo de las centurias subsecuentes.

Hasta que un día –siempre estas cuatro palabras, el destino tocando a la puerta– una bella joven acudió con el abuelo Pancho para pedir socorro médico, pues una hermana suya estaba a punto de morir. Ambas eran habitantes de la viejísima residencia, de abandonado jardín al frente, junto con el resto de la parentela, todos afectados por la misma dolencia. De este modo el médico terminó enterándose de la existencia de todos ellos.

Una cosa llevando a la otra, el médico cayó enamorado de la hermosa muchacha, quien de milagro no había sido contagiada. Entonces se dedicaron a limpiar y esterilizar la casa solariega, afincándose en ella.

Al final de este capítulo de *El San Cosme de otros tiempos*, Paco le hace saber a León de la Barra que él mismo proviene, de hecho, del aludido linaje y que en ese momento se hallan él y su amigo en la misma casa conocida como de San Lázaro.

"Y creo que nunca he corrido tanto como cuando me alejé de mi amigo", concluye el autor.

Al margen de lo tenebroso o anecdótico de este episodio de mediados del siglo XX, lo de veras atrayente es la noción de que en efecto puedan sobrevivir rastros materiales o intangibles de aquella Ciudad de México de después de la Conquista: edificaciones y genealogías rastreables, historias que siguen transmitiéndose a casi cinco siglos de distancia. Los años veinte del siglo XVI representan un lapso especialmente oscuro, los previos al primer virrey, Antonio de Mendoza, y hasta de los célebres diálogos latinos de Cervantes de Salazar. Algunos conquistadores aún podían reproducir en voz alta lo atestiguado o acometido durante el asedio de los mexicas. Esto es, los tempranos años de una población aún sin empedrado, plaza principal y apenas título de ciudad en 1528. Aunque ya con trazo urbano y un buen número de familias españolas estableciéndose.

¿Cuánto de todo aquello habrá conseguido filtrarse sigilosamente hasta nuestros días?

Junio de 2021

Hablemos de la conciencia de estas calles céntricas.

Fiestas feministas afuera de la presidencia de Derechos Humanos (el edificio tomado, la institución no), donde alguna vez se ha bailado "Payaso de Rodeo", lo que no me permite concentrarme en Netflix, de contenido cada vez más puritano, los *reels* de Paco de Miguel en Instagram, y las apps para conocer gente ("próxima reunión sólo por invitación, 7pm, Ecatepec, cerca del Metro Azteca, reuniones semanales todos los sábados, pide más info, dinámicas, juegos, retos, cuarto oscuro, bebidas, comida, todo en un buen espacio cómodo y seguro para

pasarla increíble y conocer amigos, info sólo con foto") a la que igual nunca voy a conocer y ahora menos.

Ambulantaje sin cubrebocas, salvo los que están a la venta, ni libertad de movimiento, sacrosantas reglas que hay que respetar, no vaya a ser que...

Adiós al Café Río y al Trevi y a la cantina La Vaquita, el Centro ya no es para gente del Centro. El Go Bar, por su parte, abierto, abiertísimo (con *dealer* ubérrimo a la puerta dzl baño), lo mismo que el Teatro Garibaldi y por supuesto las micheladas dominicales de Tepito (descanse en paz su cronista, Alfonso Hernández), micheladas que demuestran que el narco no descansa, mucho menos en pandemia: *Que levanten la mano los bellacos*. Aleteo incesante. La generación de cristal, ese cristal.

Desalojos ilegales. Basura electoral, ya no hay gobierno, sólo políticos (que no viven aquí, salvo uno, en Palacio).

Volanteros del Metro Allende violentados por no pagar su *piso* puntual, cada vez más guapillos o *castineados* y de variopinta actividad. Nenis entregando mercancía en los torniquetes o debajo del reloj en los andenes. Reencarpetamientos en Brasil, Tacuba y Chile y otras prebendas para el automovilista, ocasionando una continua y atufada congestión vehicular, ¿para qué tanto claxon?

Restaurantes privatizando banquetas con bardas improvisadas, ¡total!

Turista-sex-tranjeros paseando con despectivo estupor, sin saber qué mirar, ni cubrebocas porque pueden y al final los policías son poco más que edecanes del espacio público.

El campamento de FRENAA del Zócalo y triquis frente al Guardiola, pura guerra florida.

Días enmascarados. ¿Qué hacer?

In cualli tlahcuilo tlayoltehuani, moyolnonotzani. Pues eso, tal vez.

Septiembre de 2017

La bocina de la Estética Francia no permite que oiga la Alerta Sísmica durante el simulacro. Dos horas y pico después, el movimiento ecolálico. La mesa como queriendo saltar y así la computadora. ¿Qué hacer? Tomar las llaves y el teléfono, salir en *pants* y camiseta, Pirruño y Pollito galopando por la sala con la cola esponjada, dejo la puerta entreabierta por si necesitaran escapar. "Construção" de Chico Buarque sonando indolente desde YouTube.

–¡Dios mío, por favor ayúdanos!

Muy difícil bajar la escalera, la vecina de abajo trabada del susto en el rellano, detrás el marido con la pierna enyesada sin poder caminar tan aprisa.

–Ya está dejando de temblar –procuro animarlos.

No es cierto.

Antes, en el umbral de su departamento, veo a Rodolfo apoyado en el marco de la puerta, nomás que sentado, como asegurando un muro con las puras manos.

Una vez en la calle me dedico a observar a la gente. Un señor sujeta a un niño de la muñeca, quietos los dos, con la mirada extraviada. Otro finge leer el periódico, como intentando convencerse de que nada grave está ocurriendo. Un cocinero con delantal rojo escudriña el cielo malteado y a un lado suyo un hombre de mediana edad blandiendo un teléfono como la palma del martirio. Una mujer se palpa los labios con los dedos. Jóvenes corre que corre, quién sabe hacia dónde. Un hombre sin edad ni camisa, cariatíde de carne afuera de un edificio; no se me olvida su atolondrado rictus. ¡Cuánta gente sin bañarse a la una y pico de la tarde!

El reguetón de la estética agraz ni pela ni ceja ni deja batear.

El sabor del metal en la boca, más que en el último sismo, hace unos días; ese nos agarró de noche con los dientes lavados.

No consigo enlazar ninguna llamada, así que tuiteo: "Estoy bien. Pero se necesita ayuda en República de Cuba 86". Mensaje precipitado, resultado del estupor de tanto mueble y vocerío saliendo del caserón colonial y hasta un perro color tezontle en los brazos de uno. El *tweet* recibe suficiente atención, más tarde termino borrándolo, no es que este inmueble necesite ayuda, es tal vez la ciudad entera. Una polvareda a la altura de los Portales de Santo Domingo. Vidrios rotos en la esquina con Palma (allí quedarán expuestos a lo largo de los meses sin una barrida siquiera).

El terremoto ha terminado.

Pudo ser peor. El hubiera sí existe, siempre es terrible.

Subo a la casa a calzarme y cerrar la llave del gas. Los gatos otra vez como si nada. Gracias al WiFi entro en contacto con familiares y amigos. Recibo mensajes: hizo erupción el Popo, se cayó San Francisco de Puebla, ya no existe el Edificio Río de Janeiro, ¿hemos perdido el reino? Sólo entonces me suelto a llorar. Toca recoger los libros caídos del estudio, las lámparas del techo aún se balancean, ni al caso meterme a bañar, mejor salir a andar las calles. ¡Pero hay que cargar el teléfono!

Atravesé la calle con mi paso tímido.

El corazón galvanizado, me detengo en el Archivo Histórico de la Ciudad de México en cuyo recibidor tres estudiantes gritan bajito que acaba de caerse un edificio en Ciudad Universitaria. Más bulos. La cabeza de la victoria alada, la original, tras de nosotros. Intercambiamos números de teléfono por lo que se pueda ofrecer. ¿Qué se nos puede ofrecer? ¿Nada, nadie?

Piedras en el atrio de la Catedral, una de las esculturas de Tolsá, nada menos, la Esperanza con su ancla en la superficie. Rostros amondongados contra la reja. Sin novedad el puente del Templo Mayor, tampoco el Salón España parece dañado.

Rápido a la Alameda.

Algunos se ríen o hasta besuquean en las bancas de piedra, de piedra ha de ser la cama de más de uno en estos momentos.

Pienso en el diecinueve de septiembre de hace treinta y dos años, yo era un niño de kínder con huevo frito en la mesa, no recuerdo mucho más.

Me adentro en la Guerrero. Lerdo y Magnolia. Desmoronada una casa, afuera su único habitante, la maleta entre las piernas, dice que espera instrucciones de Protección Civil. Uno aprovecha para mostrar un video de un edificio viniéndose abajo, se supone que en la zona de San Camilito, y un grupo alrededor mira con la mueca de quien se exprime un limón. Media sonrisa, brazos en jarra, incrédulos aún.

Plano secuencia por Reforma. Más peatones que lo habitual, quizás el transporte público no funcione normalmente, o puede que desplazarse a pie sea una manera de aliviar el trauma, sobre todo entre turistas atónitos con su equipaje rodando tras ellos, ¿quién va a querer volver a su hotel?

Los ojos embotados de cemento y lágrimas.

El Moro afectado, qué miedo la mole del SAT, vidrios rotos sobre la banqueta de Lafragua.

Andar mucho. Quedarme sin pila.

Amistades en Guadalajara y Chapultepec, entre ellos un israelí recién aterrizado, el *roommate* de alguien, hablamos por los codos, *kol beseder, kol beseder*. Compramos agua para refugiarnos en el departamento de Aldo en Berlín 38. No hay agua ni luz, cargamos nuestros teléfonos en su compu.

Canto de sirenas. Creemos comprender la magnitud del desastre. Pero Twitter es verbo no sustantivo (así, sin coma). Luego de un rato, de noche, nos dirigimos a un Pushkin repleto de gente. Medicinas y un pico sin usar, ¿por qué mi amigo guardaría uno?

En Orizaba un trozo de escuela ha invadido la calle.

En el cruce de Álvaro Obregón y Yucatán se oyen gritos de que necesitan Ketorolaco inyectable, pensamos en el Sumesa de Oaxaca o el Superama de Michoacán, pero ambos cerrados, por los saqueos, explican. Más voces que piden polines, palabra novedosa que se volverá común estos días. México y Sonora, un edificio amolado, una pareja con bebé, ellos viven ahí, que si apoyamos o algo, pero que no, muchas gracias. Rescatistas uniformados. Audios y textos por WhatsApp, demasiados. Nos cruzamos, sin reconocerlo al principio, con el

flautista Horacio Franco, nos enteramos de que en la calle de Laredo existe un riesgo de colapso. A Aldo y a mí no nos para la boca. Cuánta pesadumbre.

Llegamos al Foro Lindbergh, nombrado así en honor a un antisemita en el corazón de una colonia de inmigración judía. Luces de linternas evidencian la oscuridad con mayor dramatismo. Coloridas tiendas de campaña pronostican una noche inusual. Una mujer de mediana edad reparte sándwiches y té. Comemos los nuestros, luego ayudamos a regalar. Sin las orillas el pan. Leemos que en Atlixco 94 van a instalar un centro de acopio, vamos, mas no hallamos nada. Mejor volver a Ámsterdam a cargar agua embotellada hasta la glorieta de Citlaltépetl, tapando nariz y boca por el tufo a gas, y al Parque España, donde llenamos camiones con víveres hacia la Colonia del Valle. Alguien se queja de no poder fumar, escuchamos que la fiesta de Maco no se cancela. Una española se pregunta por la presencia del gobierno.

Otra vez en Yucatán y Álvaro. Por supuesto sin el Ketorolaco urgente. Un ejército de figurines de PET aguardando afuera de un banco cercano, nos unimos en cadena humana, aquí nadie es jefe ni reina el apedillismo, cosa rara en la Roma y Condesa.

Es momento de sentarnos, son las once, seguimos sin hambre, a veces nos topamos a alguien y hablamos sin ganas.

¿Qué hora es? Ya vamos de regreso a la Juárez. Por Colima y aledañas reparamos en edificios irreparables, como el de la tienda de ropa usada Goodbye Folk.

Las *fake news* no andan en burro, lo bueno que ya empiezan a aclararse: sí se desplomó San Francisco, pero sólo un pedazo, pobres poblanos. Igual las torres de los Remedios, Cholula.

Ya hay nuevas catástrofes en Coapa y División del Norte y Xochimilco y a saber dónde más, esto apenas empieza.

Caminamos por Marsella. Nos alcanza una amiga, tiene el impulso de llorar, igual nosotros, procuramos irradiar ánimos. Pido mi coche, el conductor lleva toda la jornada ayudando, vive en Toluca, no tiene dónde pernoctar, le ofrezco mi casa, pero dice que no puede, anda demasiado consternado y prefiere seguir trabajando. Ni al caso un "que así estuviera siempre, joven". Scrolleo en Facebook, ya hay gente jalando agua para su molino, que se note que ayudan, no me sorprende, al fin y al cabo de eso trata esa red.

Cruzo la puerta, me da un mareo, me cambió la vida, me la paso *scrolleando*, todos haciendo lo que podemos, un ladrido y me incorporo, pasa un camión y ya siento que debo correr hacia el baño, zona segura, según he leído.

En el alba sucia me cuentan de los voluntarios en Torreón y Obrero Mundial que se roban las pertenencias de los desalojados.

Vuelvo a la calle, llanto en los vagones, me bajo en Sevilla, qué impresión la muchedumbre en Salamanca, voces en cuello, las bicis, el tilichero. A Medellín y San Luis, necesitan ayuda, mucho casco y chaleco de ciclista en la Cibeles, me doy cuenta de que sólo vengo a estorbar, cuánta impotencia. Alcanzo el Condominio Insurgentes y entonces juzgo más conveniente regresar a mi casa en el Centro. Afuera del Four Seasons gritos y llanto, pero es por un famoso abordando una camioneta. Motociclistas a gran velocidad por el Ángel. Me siento a descasar como si fuera sábado. Hablo con mi familia, se me escurren las lágrimas.

Casa de Aldo en la Juárez, se juntan amigos, vemos la tele, la historia de la niña Frida Sofia nos mantiene sedados, sospechamos del apellido Dithurbide, pizza y cerveza, por unas horas nos olvidamos del pasmo.

Anochece. Principia el año 5778 del calendario judío. Siguen cayéndose edificios. Una amiga toca el timbre, que si nos vamos a Jojutla el fin de semana. A ayudar. Mejor no, por las condiciones de la carretera. Me quedo dormido leyendo a Aleixandre.

Al día siguiente amanece escrito en mi alma, de blanqueadas y encaladas paredes, papel de necios donde buenamente se puede escribir con carbones y otras tintas: *Ah, qué inmenso cuerpo posees, ciudad, país, corazón. ¿Qué hacer? La palabra suena en el vacío y se está solo.*